



PARTIDO SOCIALISTA DEL URUGUAY

DECLARACION DE PRINCIPIOS

**APROBADA EN EL 38o. CONGRESO ORDINARIO
31 DE AGOSTO DE 1985**

I - OBJETIVOS HISTORICOS

El Partido Socialista del Uruguay es la unión voluntaria y consciente de todos aquellos que, consustanciados con los intereses de los trabajadores, creen necesaria la organización política del proletariado en un partido de clase, para que conduzca su acción, a fin de asegurar la victoria de la revolución social y su objetivo último, la construcción de una sociedad justa, solidaria y libre, sin explotados ni explotadores y la gestación del hombre nuevo, en suma, la sociedad sin clases.

Históricamente, desde que surgieron las clases sociales con el régimen de propiedad, la lucha de éstas, oponiendo intereses irreconciliables, enfrentó en formas diferentes a los que, siendo dueños del poder por serlo de los medios de producción y pugnan por conservar sus privilegios con los que luchan por liberarse del sometimiento.

El desarrollo de la humanidad, de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior, marca la tendencia del tránsito hacia el socialismo a escala mundial.

El grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas ha condenado definitivamente al capitalismo, sistema generador de violencia basado en la explotación que distorsiona y tritura a los hombres en sus engranajes irracionales. Y el capitalismo al engendrar a la clase obrera, ha creado sus propios sepultureros.

La revolución social es necesaria porque el capitalismo es irracional, injusto e ineficiente y la causa fundamental de esta ineficiencia y desigualdad es la propiedad privada de los medios de producción.

La aparente racionalidad de la producción capitalista en cada empresa, basada en el lucro, está acompañada por el caos y la anarquía de la producción desde la perspectiva social.

Otro efecto de la propiedad privada es la distribución injusta de los recursos materiales generada por la incapacidad del capitalismo para llevar a cabo una distribución de bienes equitativa, practicable en una época de automatización y de producción masiva.

La actual organización económica capitalista divide a la humanidad en explotados y explotadores. Por un lado aquellos que se han apropiado de los medios de producción y que los utilizan en su exclusivo beneficio y por otro, la inmensa mayoría que trabaja y produce, y que no tiene otro medio de vida que la venta de su fuerza de trabajo.

La tarea fundamental de nuestra época, que es también la misión de la clase obrera, es transformar el régimen de propiedad mediante la socialización de los medios de producción y de cambio como fundamento de una economía planificada en la que el hombre maneje conscientemente su destino y no sea el juguete de fuerzas socio-económicas que escapen de sus manos.

Sólo la acción revolucionaria de los trabajadores y de sus organizaciones de clase asegura el destino de la humanidad.

La revolución tecnológica implementada por la burguesía, lleva a grados tales la irracionalidad del sistema que amenaza la vida misma. Esto implica, para las fuerzas que luchan por el socialismo, nuevos desafíos en el marco de la lucha por la paz y la defensa de las condiciones de vida en el planeta.

En el caso de nuestra patria, atacar a fondo el subdesarrollo, resolver definitivamente la cuestión agraria, vale decir, eliminar el sistema de producción latifundista que ha trabado a lo largo de toda nuestra historia el desarrollo de las fuerzas productivas, cortar los lazos de la dependencia con el imperialismo, sostener una dinámica de desarrollo para proteger el trabajo y el consumo de los uruguayos, son tareas históricas que se ligan a los objetivos socialistas.

El Partido Socialista del Uruguay lucha por sustituir el régimen de producción capitalista en nuestro país por un régimen socialista. De tal manera que la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos de producción y de cambio, de crédito y de transporte, se transformen en propiedad social.

Sólo así será posible la liberación de nuestra patria y la construcción de una sociedad basada en la cooperación, donde se eliminen las fuentes de la explotación, de la desigualdad, del atraso y de la dependencia. Vale decir, una sociedad basada en la libertad, la justicia y la solidaridad.

El Partido Socialista del Uruguay se define como un partido de la clase obrera, revolucionario, nacional e internacionalista.

Es asimismo expresión política de todos los trabajadores: obreros y no obreros, de todos aquellos hombres y mujeres de nuestro pueblo que asuman las concepciones socialistas.

Nuestra caracterización esencial como Partido obrero implica el reconocimiento del rol histórico revolucionario de la clase obrera. La conciencia que esta clase ha adquirido de sí misma, de su condición de explotada, su progresiva madurez y su nivel político en ascenso, las condiciones de su papel en la producción, concentración en las fábricas, experiencia adquirida en las luchas sindicales, capacidad organizativa derivada del trabajo racionalizado que impone la producción industrial: todo esto, fundamenta la misión histórica revolucionaria de la clase obrera.

El Partido Socialista del Uruguay se define como partido revolucionario en tanto plantea la necesidad de una ruptura radical que provoque la sustitución del sistema capitalista, conduciendo y organizando a los trabajadores para luchar por ese objetivo y el de la construcción de la sociedad sin clases.

El Partido Socialista del Uruguay se define como partido de raigambre nacional en tanto hace suyas las banderas de las tradiciones populares de la nación y las características del pueblo uruguayo, que sólo pueden ser encarnadas y defendidas por el conjunto de las clases y capas explotadas enfrentadas a la burguesía y al imperialismo.

El Partido Socialista del Uruguay se define como Partido internacionalista en tanto su lucha es parte de la liberación de toda la humanidad en esta etapa universal de tránsito del capitalismo al socialismo.

II - FUENTES IDEOLOGICAS

El Partido Socialista del Uruguay reconoce como método de interpretación de la realidad al socialismo científico, considerando piedras angulares del mismo a las concepciones de Marx, Engels y los desarrollos fundamentales de Lenin —guía para la acción— enriquecidas en forma crítica y creadora a la luz de nuestra propia realidad nacional y latinoamericana, por todos los aportes del constante devenir social y cultural.

Consideramos a los desarrollos de Marx y Engels como las primeras bases sobre las cuales comienza a construirse el gran edificio del socialismo científico, y esta elaboración, como la de toda ciencia, nunca concluirá, prosigue hasta nuestros días con el aporte de muchos otros pensadores que han enriquecido y seguirán enriqueciendo al socialismo.

Nos basamos en el análisis científico que Marx y Engels hacen del modo de producción capitalista y de la historia de la humanidad en su conjunto. Recogemos, desde uno de nuestros manifiestos fundacionales, el del Centro Socialista Carlos Marx en 1910, firmado por Emilio Frugoni, su formidable llamado que desde hace más de un siglo resuena en todas las luchas de los trabajadores: “¡Proletarios de todos los países, uníos! La liberación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos”.

Para los socialistas uruguayos el marxismo no es un dogma ni un conjunto de esquemas inmóviles, es concepción del mundo y de la vida, método científico de análisis y transformación, así como guía para la acción en la marcha hacia la sociedad sin clases y la superación de las enajenaciones del hombre.

Con el marxismo como eje de nuestra reflexión nos acercamos críticamente a todas las experiencias revolucionarias y a las elaboraciones de los diferentes autores que a partir de las mismas han enriquecido esta corriente, teniendo en cuenta las peculiaridades de nuestra realidad nacional y latinoamericana.

La nueva concepción nació no sólo para comprender el mundo sino para transformarlo. El socialismo científico surge unido al movimiento obrero, expresa de manera superior los intereses objetivos, inmediatos e históricos de la clase obrera.

Recogemos la experiencia de la Comuna de París como primera práctica de poder en manos del proletariado a través del ejercicio de la democracia directa sustituyendo a los organismos de la dominación burguesa.

En este marco histórico en que comienzan a resquebrajarse los eslabones del sistema de poder mundial capitalista, la revolución proletaria de Octubre de 1917, marca el comienzo de una nueva era; se abrió uno de los caminos hacia el socialismo. Y los aportes de Lenin, producidos en esta época, constituyen un salto cualitativo y enriquecedor de la gran corriente del marxismo.

Recogemos los desarrollos leninistas acerca del imperialismo, su lucha intransigente contra el reformismo, sus análisis del Estado y de las primeras experiencias revolucionarias, su aspiración de una democracia que asegure la libertad para los explotados al mismo tiempo que impida el resurgimiento de los explotadores, su concepción acerca de la necesidad de un Partido organiza-



do y militante que aporte la conciencia de clase al proletariado y guíe su lucha, el centralismo democrático que asegure la libertad de opinión y de discusión junto con la disciplina y la unidad de acción.

El centralismo no elimina la democracia, ni implica el modelo de un Partido monolítico en el que se promueve la obediencia ciega o en el que cualquier opinión diferente puede ser estigmatizada. El centralismo-democrático aplicado a cabalidad garantiza la democracia interna y los derechos de las opiniones minoritarias, sin mengua de la actuación disciplinada y unitaria.

Recogemos también, los desarrollos teórico-prácticos de Rosa Luxemburgo, entre ellos, su formidable alegato contra el revisionismo, su concepción acerca de la libertad antes y durante el socialismo, la defensa del centralismo democrático alertando contra las desviaciones ultracentralistas y el dogma de la infalibilidad trasladado al seno de la organización socialista, sus aportes a la economía política marxista y su entrega a la causa revolucionaria por la que muere asesinada en plena etapa de creación y lucha.

Jerarquizamos las elaboraciones de Gramsci acerca del Estado en general y del estado socialista en particular, en el sentido de que el mismo existe ya potencialmente en las instituciones de la vida social características de la clase obrera. Aquellos organismos que los explotados van forjando en el enfrentamiento con la burguesía prefiguran el poder popular. Y la articulación en múltiples niveles de los mismos, organizando y nucleando a las masas, crean las mejores condiciones para el acceso imprescindible al poder estatal a fin de establecer sobre el conjunto de la sociedad la hegemonía de la clase obrera. Y una vez logrado este objetivo la forja de este poder popular prefigura un modelo de democracia de los trabajadores en el cual las contradicciones no antagónicas que puedan darse en el seno del pueblo se resuelven en el marco de la hegemonía político-moral, de la lucha ideológica y de la educación socialista y no con el mero recurso de la coerción física, administrativa y burocrática.

Valoramos las aportaciones de José Carlos Mariátegui, uno de los más grandes marxistas latinoamericanos hasta nuestros días, inspiradoras de nuestro socialismo nacional de vocación latinoamericana. Su concepción de que el socialismo "no es copia ni calco" de ningún modelo, sino "acto de creación heroica" de cada pueblo, encabezado por su clase obrera; su genial descubrimiento sobre la incapacidad congénita de las burguesías latinoamericanas de hacer su propia revolución; su defensa del Partido como imprescindible ins-

trumento de acción, cuya denominación socialista y dimensión popular postuló frente a las tempranas pretensiones hegemónicas del Comintern.

Con la misma óptica crítica y creadora nos acercamos a las experiencias revolucionarias y liberadoras de este continente, no para trasplantar modelos mecánicamente sino como fuente de enseñanzas a tener en cuenta.

Tenemos especialmente presentes las revoluciones cubana y nicaragüense así como recordamos el martirio de Allende, de Marcelo Quiroga y del Che Guevara, magníficos ejemplos de revolucionarios, cada uno compenetrado con la senda que eligió.

Para los socialistas uruguayos, las luchas de siglo y medio del proletariado mundial, los esfuerzos por la liberación de América Latina, se unen con toda una historia de combates de nuestro pueblo.

De tal modo, Artigas se planteó la liberación de la patria del colonialismo así como también una revolución continental hacia la Patria Grandé Latinoamericana. Combatió por la Reforma Agraria, para que los más infelices fueran los más privilegiados, por el poder efectivo en manos del pueblo, por el pueblo reunido y armado. Reclamamos como Partido de los trabajadores, la herencia de la revolución artiguista. La democracia socialista por la que luchamos será también el triunfo definitivo de las ideas de Artigas.

En el proceso precursor de la fundación de nuestra organización política se destaca la figura de Alvaro Armando Vasseur, quien al mismo tiempo que llamaba a construir un Partido Socialista obrero en el Uruguay, reivindicaba el legado artiguista.

Reconocemos el papel cumplido durante más de medio siglo por Emilio Frugoni como fundador y dirigente del partido, portavoz de los trabajadores en el parlamento y difusor del marxismo en nuestro país.

Valoramos como pilar fundamental en nuestras fuentes ideológicas la labor que a partir de la década de los 50 desarrolla Viviani Trías, tanto en lo que respecta a su impulso a la organización de nuestro partido, como a sus desarrollos teóricos: la jerarquización de la historia y de la realidad rioplatense y latinoamericana, la importancia del factor nacional ligado a la vertiente popular y revolucionaria, la caracterización de las fases en el proceso revolucionario, el rechazo a la teoría de una revolución democrática dirigida por la burguesía, el análisis de la cuestión agraria en nuestro país, las características de la clase dominante, sus aportes acerca de nuestra situación económica y so-



cial; elementos todos estos imprescindibles para la elaboración del camino de la revolución uruguaya.

Desde mediados de los años 50, la manifestación de la crisis estructural de la sociedad uruguaya, la agudización de la lucha social, la unificación del movimiento sindical cuya forma superior se expresó en la CNT, el surgimiento del Frente Amplio y la resistencia a la dictadura, ofrecen múltiples experiencias en las que se desarrolló creativamente la lucha de nuestro pueblo; y las mismas también deben ser fuentes de reflexión y de enseñanza para una organización revolucionaria.

III - EL PROYECTO SOCIALISTA

No existe un camino exclusivo ni un modelo único para establecer y construir el socialismo. Dentro del objetivo común y esencial de sustituir la propiedad privada de los medios de producción por la propiedad social, pueblos y partidos forjan las vías y formas más adecuadas a la cultura, a las tradiciones, condiciones y estructuras de cada país.

Un largo trayecto plagado de contradicciones, de factores y coyunturas cambiantes y también de sacrificios, se nos abre hacia esa meta. Ubicados en estos momentos, sólo podemos trazar las grandes fases de este tránsito.

Nuestro Partido siempre ha distinguido dos fases, que en rigor constituyen un sólo proceso, la nacional-liberadora y la socialista. Realizar los objetivos históricos que implica la fase nacional-liberadora requiere el acceso al poder del Estado por parte del Frente de las clases populares hegemónico por la clase obrera conducida por el PS y la misma se continuará en un solo proceso con la fase propiamente socialista. Nuestra nación ha sido atacada en todas sus formas de convivencia por la acción de un largo proceso regresivo caracterizado por orientaciones derechistas culminando en 12 años de dictadura militar y exige una etapa previa de consolidación y profundización de la democracia, centrada en la eliminación del aparato autoritario, así como en la necesaria reactivación de la producción nacional.

Cuando levantamos la bandera de la Democracia Sobre Nuevas Bases no aludimos a una etapa más o a una etapa previa, sino que por el contrario la misma constituye el telón de fondo sobre el que se inscribe este proceso.

Construir la D. S. N. B. desde las etapas previas al acceso al poder estatal implica desarrollar los cimientos del poder popular desde la base a partir de las organizaciones populares que nucleen a las masas donde quiera que las masas se encuentren: en los partidos políticos, en los Comités de Base, en los sindicatos, organismos barriales y cooperativos, en las nuevas formas a crearse. Vale decir, la participación organizada del pueblo como la vía de ganar espacios de poder en la lucha de clases y construir una nueva hegemonía sobre el conjunto de la sociedad.

En la sociedad existen múltiples centros de poder además del aparato estatal. En la trama del tejido social, las masas trabajadoras están presentes en muchos niveles e instancias. Más allá de la importancia de los derechos electorales, el ejercicio del poder popular no se limita a los mismos. Donde quiera que estén presentes las masas, deben éstas construir paso a paso en su enfrentamiento con el poder político, económico e ideológico de la burguesía, el poder alternativo de las clases populares.

En la etapa de consolidación democrática, el desarrollo de la movilización, organización y participación de los sectores populares apuntando a la creación de una amplia red de organizaciones en el conjunto de la sociedad es una garantía de una mejor defensa de las estructuras democráticas ante nuevos intentos autoritarios, es desarrollo en profundidad de la democracia, de la conciencia, de la responsabilidad y del compromiso, de la desmistificación de

los engranajes del sistema de dominación de la burguesía, al mismo tiempo que constituye una estrategia de poder.

En la complejidad de la sociedad, el aparato del Estado es aquella instancia que estructura múltiples niveles de decisión y centros de poder confiriéndole a esa interrelación un sentido de hegemonía de clase.

La creación y consolidación del poder popular, comienza antes y va más allá del acceso al gobierno. Implica ocupar los mayores espacios sociales, desplazar a las clases dominantes, quitándoles los sustentos reales de su poder político, económico e ideológico. Pero este proceso pasa, inevitablemente, por un punto de ruptura que supone el acceso al control del aparato del estado por parte del bloque alternativo hegemonizado por la clase obrera a fin de echar a andar la fase nacional-liberadora camino al socialismo.

La construcción, en las etapas previas, de este poder popular desde la base va a permitir las mejores condiciones para el acceso al gobierno y para defenderlo posteriormente de los embates de las fuerzas reaccionarias de adentro y de afuera de la patria.

La burguesía imputa al proletariado revolucionario un afán de violencia totalmente falso. La transición pacífica hacia el socialismo es el camino deseado y menos doloroso para las masas populares y para la humanidad en general. Si en aras de la defensa de la explotación y de sus injustos privilegios, la burguesía no lo entiende así, el proletariado, como agente histórico, asumirá la lucha en el terreno en que ésta se plantee.

La fase nacional-liberadora supone resolver la contradicción antagónica que opone la nación al imperialismo.

En los países dependientes como el nuestro sólo los trabajadores pueden sustentar consecuentemente la defensa de la patria. La burguesía sólo hace un culto demagógico de los símbolos nacionales en el marco de un patriotismo superficial.

Para el Partido Socialista del Uruguay la patria no es un manto que intente cubrir la lucha de clases.

La patria para los socialistas es el pasado glorioso, la lucha secular de los oprimidos por una vida digna.

¿Quiénes necesitan una nación soberana y libre para realizar sus propósitos económicos, sociales y culturales?

La clase obrera, los asalariados de la ciudad y el campo, la pequeña burguesía agraria, comercial e industrial, los jubilados, pensionistas y desempleados, los profesionales, técnicos y estudiantes, procuran el crecimiento económico, la industrialización, la reforma agraria y para esto necesitan liberar al país del imperialismo.

La burguesía en nuestro país es autóctona pero no nacional. La clase obrera y el pueblo luchan por la liberación de la patria, por lo tanto la fase nacional liberadora es tarea de un frente político, el Frente Amplio, hegemonizado por la clase obrera, que expresa el conjunto de capas y sectores populares.

Esta fase que incluye medidas anticapitalistas desde el inicio, no está rigidamente separada de la etapa socialista, ambas constituyen un solo proceso.

En la misma, se echan las bases para la acumulación socialista originaria. Para desarrollar el socialismo es necesario multiplicar la producción, desarrollar al máximo las fuerzas productivas.

La acumulación socialista originaria implica liberar el excedente real atrapado en los poros del subdesarrollo y de la dependencia, poner en movimiento el excedente potencial de la economía. Esto supone la reforma agraria, la socialización de la banca, de los monopolios comerciales, del comercio exterior, de la intermediación de los principales productos, de los insumos de los sectores nacionalizados y de las empresas encargadas de la distribución de los productos elaborados en las empresas socializadas, la eliminación del gasto superfluo y suntuario de la burguesía. La movilización del excedente potencial se realiza mediante la planificación económica centralizada que incluye a los tres sectores que todavía subsisten: social, mixto y privado.

Esto significa que a la vez que se produce el crecimiento económico planificado se mejora la distribución de la riqueza y se satisfacen las necesidades básicas del pueblo en las áreas de la salud, la alimentación, la educación y la vivienda. La socialización de los medios de producción supone la combinación de la estatización con formas autogestionarias, buscando en todos los casos el efectivo control de los trabajadores sobre las condiciones reales de su trabajo.



Al mismo tiempo se va construyendo un nuevo estado nacional popular, donde los mecanismos de participación forman parte del orden jurídico, apuntando a una democracia pluralista con hegemonía de la clase obrera.

El pueblo en sus diferentes niveles de organización tendrá en sus manos el análisis y la toma de decisiones de las cuestiones cotidianas, las de su propio frente social específico, así como también las grandes opciones nacionales en la esfera de la planificación económica general, del consumo y de los sacrificios que haya que adoptar ¡Que estas decisiones, enmarcadas en una estrategia global anticapitalista, sean decisión del pueblo y no de burocracias planeando en las alturas y alejadas de las masas!

Apuntamos a la más amplia libertad, no al enunciado teórico y limitado que la burguesía confiere a este término.

Completar la socialización de los medios de producción y acceder a la etapa propiamente socialista en nuestro modelo va en la dirección del máximo desarrollo posible de la democracia.

El proyecto de D. S. N. B. mediante el desarrollo del poder popular, al mismo tiempo que plantea una vía hacia la construcción del socialismo, perfigura ciertas características del mismo, apuntando a la combinación de un poder centralizado, con instancias de representación popular, la democratización en la base de la sociedad y un progresivo proceso de transformación del poder.

La democracia de los trabajadores, en tanto organización política de la sociedad socialista implica dos aspectos: por un lado, enfrentar los intentos contrarrevolucionarios de la burguesía y del imperialismo con toda la fuerza del poder popular, y por otro lado, el pleno desarrollo de la democracia que apunta a: una forma superior de participación de las masas trabajadoras. Un sistema político antidemocrático para la sociedad socialista no es un avance, es un retroceso determinado por sus debilidades. Siguiendo a Gramsci, diríamos que el partido obrero, con el simple recurso de la coacción no ha accedido a la hegemonía político-moral que implica la real cercanía y dirección de las masas.

Consideramos un principio indeclinable la construcción de la unidad del pueblo, pero entendemos a la misma como fruto de la necesaria confrontación dialéctica, como resultado de la diversidad, del pluralismo y no de la imposición autoritaria.

La democracia socialista, la democracia de los trabajadores, es la real efectivización de los ideales democráticos que jamás puede permitir la dominación de una minoría de explotadores sobre el conjunto de la sociedad. Los fundadores del socialismo científico, consideraron que todo estado constituye una dictadura, en tanto en última instancia significa la dominación de una clase. Los estados capitalistas constituyen dictaduras de la burguesía.

La democracia socialista, por el contrario, es la vigencia de la más amplia legalidad democrática para todo el pueblo, a la que deberán sujetarse los antiguos explotadores. El nuevo estado deberá organizarse de forma tal que haga irreversible la vigencia del poder popular.

Se trata entonces, que la democracia socialista permita la emergencia de un real poder popular, no formal sino realizado en la práctica.

A veces se esgrime el argumento que al haber terminado con la burguesía sólo puede haber un partido que represente a los trabajadores. Pero los partidos no surgen sólo en función de los diferentes intereses de clase, sino que también en relación a las posibles vías para la efectivización de esos intereses.

Por eso planteamos un modelo de democracia socialista, participativa y pluralista, donde el poder no esté concentrado en un solo centro.

Por supuesto, moverse en esa realidad institucional, para los partidos revolucionarios va a implicar otro tipo de exigencias que no se dan en otros modelos, a fin de acceder a esa hegemonía moral de la que hablaba Gramsci. El frente ideológico cobra especial importancia en esta etapa en la que debe forjarse el hombre nuevo a partir de las condiciones legadas por la sociedad capitalista.

IV - LA DIMENSION INTERNACIONAL

Planteamos un modelo de socialismo nacional y latinoamericano, que tenga en cuenta las peculiaridades de la tradición nacional, encarnada en la historia de la Patria Grande, y aquellas propias del proceso de la Segunda Revolución Continental, actualmente en curso, hacia la creación de la Gran Federación Socialista Latinoamericana.



Al mismo tiempo, levantamos las banderas del internacionalismo proletario, que entendemos indesligable de nuestra propia revolución nacional. Ello es así, porque existe una solidaridad esencial de los intereses de la clase obrera, más allá de fronteras, que deriva del propio carácter internacional de la explotación capitalista. En efecto, el sistema capitalista propagado a todos los continentes, explota a todos nuestros pueblos por igual, sin distinción de fronteras, ni de razas, hermanando nuestros destinos.

Tomamos como primordial nuestra lucha abierta y franca contra el imperialismo, motor generador de la opresión económica y política de las naciones.

Por tal motivo, el PS apoya resueltamente y se ubica junto a todos los pueblos que de una u otra forma, luchan por la democracia, la liberación y el socialismo.

En nuestra concepción, el internacionalismo proletario implica una integración democrática de las fuerzas que persiguen idénticas finalidades de transformación social.

Las características y el ritmo de esta lucha, deben obedecer necesariamente a las condiciones específicas de cada país. Ningún Partido, ningún Estado o agrupación de Estados pueden, sin ocasionar graves perjuicios al proceso de avance de los pueblos a escala mundial, desconocer ese principio esencial. En tal sentido, las políticas hegemónicas son incompatibles con el internacionalismo proletario.

Y así como señalamos nuestro carácter internacionalista, también reivindicamos nuestra autonomía política, orgánica e ideológica en la construcción de nuestro propio modelo de socialismo, así como la de todos los pueblos; autonomía que está en la base de la verdadera solidaridad de clase.

La contradicción entre socialismo y capitalismo, es la contradicción fundamental de nuestro tiempo. Ella, que se extiende a todos los rincones del planeta, se expresa en un verdadero abanico de contradicciones: contradicciones entre lo viejo (el capitalismo) y lo nuevo (el socialismo), contradicciones dentro de lo viejo y contradicciones dentro de lo nuevo. De todas ellas, jerarquizamos como principal, aquella que opone a los pueblos dependientes de Asia, Africa y América Latina con el imperialismo. Es esta contradicción la que marca el ritmo de los avances, favoreciendo la resolución de todas las demás. La contradicción fundamental preside y orienta la relación entre las fuer-

zas de cambio. Ella nos permiten reconocer, más allá de sus particularidades, la unidad dialéctica existente entre los pueblos que luchan por su liberación, los trabajadores que luchan por sus reivindicaciones en el seno de los países capitalistas desarrollados, y el esfuerzo de aquellos pueblos que transitan modalidades de socialismo.

Creemos que el desarrollo contemporáneo del socialismo, debe pasar por la reflexión crítica de todas las experiencias revolucionarias, a partir de la Comuna de París, no olvidando una verdad anterior y más sencilla: que la lucha de clases existe a nivel nacional e internacional, y que, si la realidad del socialismo es criticable, porque es perfectible, el capitalismo es simplemente condenable.

V - HACIA UN GRAN PARTIDO SOCIALISTA

Nuestro Partido de los trabajadores, nuestro Partido de raigambre nacional, revolucionario, internacionalista y autónomo, para cumplir con sus objetivos históricos, para recorrer las etapas hacia la liberación y hacia el modelo de democracia socialista que levantamos, debe transformarse en un gran Partido Socialista que incorpore y conduzca el aporte militante de todos aquellos que en nuestro país comparten este específico proyecto de sociedad futura.

Un Partido fermental y firme a la vez en su ideología, cuya vida interna democrática sea la escuela que prepare y anticipe la nueva sociedad creando los cimientos del hombre nuevo y de la Patria Socialista.